

Entre la impunidad y el silencio



1.- Los primeros meses de este 1997 señalan la agudización del conflicto social. Despidos en Fiat Auto con resistencia obrera y ocupación de la fábrica en Córdoba. Movilizaciones de estatales jujeños con corridas policiales. Paros docentes en Neuquén con fuerte represión. Resistencia del personal al cierre del Hospital Malbrán en Buenos Aires. Ocupación de la Editorial Atlántida ante la amenaza de cierre y un sin número de conflictos que no llegan a ocupar la primera plana de los noticieros. Lo concreto es la puja entre los que resisten la exclusión y los que pretende imponer el modelo, que exige achicamiento del Estado, flexibilidad laboral, despidos para cerrar empresas y abrir otras con distinto nombre y el mismo capital, pero en el marco de las nuevas normas laborales, que no reconocen antigüedad, que rebajan salarios, que anulan conquistas sociales establecidas en los convenios colectivos de trabajo, etc.

¿Qué resultados han tenido estos conflictos sociales? No se puede decir que hayan sido ganados por los trabajadores. Pero tampoco las patronales o el estado pueden decir que hayan salido triunfantes. No está escrito el final de la historia... Lo que pareciera innegable es que el modelo va logrando importantes niveles de imposición. Y esto se refleja en el crecimiento de la desocupación, la pobreza y en general el deterioro del nivel de vida de los argentinos. Pero desde una razonamiento objetivo también hay que destacar la importancia de la

resistencia popular que obstruye el camino neoliberal, y en combates retardantes, va desgastando lo que hasta hace poco era presentado como la panacea o lo único posible. Esto es importante, porque justamente otra arma del modelo es pretender convencernos que no vale la pena luchar, que todo esto es inevitable, que la globalización es el nuevo determinismo histórico.

Para encarar adecuadamente esta lucha es necesario un correcto análisis de las relaciones de fuerza en el escenario social, económico y político. No sirven los que ven todo negro o blanco. Es preciso descubrir los matices y moverse en la policromía de la realidad.

2.- Entre las expresiones de la degradación moral que acarrea este modelo neoliberal que encarna el gobierno de Menem, está el crecimiento de la violencia y la sensación de inseguridad y desprotección que vive la ciudadanía. Los asaltos a mano armada y robos con violencia han crecido en términos alarmantes según las estadísticas. También se destaca que los autores de estos delitos son cada vez más jóvenes, e incluso niños. El Estado se viene mostrando incapaz para abordar esta cuestión, antes que avance el convencimiento de la "justicia por propia mano", que revela el aumento de armas de fuego.

Son muchas las derivaciones de este problema. Y diversas las actitudes que se asoman en el debate. Están los represivos, que reclaman mayores facultades a la policía o modificaciones al Código Penal. Pero afortunada-

mente son amplios los sectores que analizan la situación desde una perspectiva más profunda. Y allí se ve que una juventud frustrada en sus expectativas laborales o educacionales, tiene escasos horizontes para proyectar su vida. De la evasión de la droga a la violencia para sobrevivir hay un corto trecho.

Lo cierto es que en este campo también el Estado está ausente. El abandono de la niñez y la ausencia de una política para los problemas de la minoridad, en el marco de la reducción de gastos fiscales, es una actitud suicida, no sólo por su contenido inhumano y carente de solidaridad social, sino como germen de autodestrucción social.

La misma política carcelaria debiera adecuarse a los avances de las ciencias sociales, como se viene demostrando en otros países. Pero ello es imposible en el marco de este modelo, que además de excluir necesita eliminar de la escena a los que sobran o molestan. Los amotinamientos en las cárceles, que se han dado con mayor frecuencia en estos últimos tiempos, al revelar el hacinamiento y carencias que sufren los presos, indican la distancia existente entre la concepción oficial de "depósitos de desperdicios humanos" y una política de contención, recuperación e integración social sobre la base de la valorización de la persona humana.

3.- No está desligada de lo anterior la experiencia de impunidad que vive la sociedad en general. Los casos en los que la justicia se ha mostrado ineficaz abundan. Algunos han sido más

resonantes, como los asesinatos del Senador Regino Maders, en Córdoba o María Soledad en Catamarca. Pero muchas otras víctimas del "gatillo fácil" han quedado en las sombras, aunque el reclamo de justicia a veces trasciende a los medios de comunicación.

El alevoso crimen del fotógrafo José Luis Cabezas ha venido a reforzar esa sensación de impunidad, al ver otra vez mezclada la mano de obra desocupada de las mismas fuerzas de seguridad, con mafias empresarias que blanquean dineros provenientes de la droga, y que además cuentan con complicidades en altos niveles del poder político o judicial.

Otra vez la sociedad ha reaccionado con fuerza reclamando justicia. Y las movilizaciones masivas, en todo el país, al cumplirse el primer mes del asesinato, el pasado 25 de marzo, han sido expresiones saludables de la conciencia social que cuestiona la corrupción en el poder.

La consigna "No se olviden de Cabezas" que se ha instalado en la sociedad es a la vez una advertencia para la memoria frágil, que a veces impone la vertiginosidad de los hechos, llevándonos a tolerar con excesiva paciencia los abusos de poder o las excentricidades de los gobernantes.

4.- Nada de esto debiéramos olvidar cuando se abren nuevas instancias electorales. Convocados a la renovación del poder legislativo, los partidos políticos se aprestan para lanzar sus campañas electorales. En realidad todos miran un poco más allá, al considerar estas elecciones como una pauta de lo que sucederá con la renovación presidencial en 1999. Y esto es así. Pero es importante valorar estas elecciones en sí mismas. Porque le resultaría más difícil al concentrado poder político del gobierno nacional imponer sus políticas neoliberales si tuviera una oposición real en el Congreso Nacional, capaz de ejercer su poder en el marco de la representación democrática.

Todavía no se han lanzado de lleno las campañas electorales. Los principales partidos aún debaten la conformación de sus listas de candidatos, ante un clima de indiferencia ciudadana, que no es bueno para la salud de la

democracia. Y esto debiera hacer reflexionar a los partidos para plasmar de una vez mecanismos internos de elecciones abiertas de candidatos, combatiendo la metodología de la "rosca". Afortunadamente este debate ya está instalado en el seno de los principales partidos. Sólo falta llevarlo a la práctica.

Pero si se quiere en serio revertir la apatía y la falta de credibilidad de la gente hacia la dirigencia política se deberá avanzar en modificaciones al sistema electoral, para introducir la "tacha" en las listas "sábanas" y la revocación de mandatos, entre otros aspectos.

Nada de esto se logra marginándose de la lucha política. "Asqueados" de algunas conductas políticas, muchos creen erróneamente que mejor es encerrarse en su propio círculo para criticar desde un estrado "angelical" las "suciedades" de la política. En realidad esta conducta evasiva sólo favorece a los que, ya instalados, hacen de la política un negocio personal.

Democratizar el poder político es una forma de avanzar en la construcción de alternativas al modelo neoliberal. Con ello podrá contrarrestarse el manejo autoritario y monopólico que el poder económico viene haciendo del Estado, en detrimento de la sociedad civil.

5.- En ese juego palaciego de poderes que se mueven entre despachos oficiales, sociedades anónimas y mafias empresarias, otro hecho se ha destacado para perplejidad y tristeza de muchos cristianos. Las conexiones de la Curia Arzobispal de Córdoba con el cuestionado empresario telepostal Yabrán pusieron a la luz una realidad, ya sospechada por amplios sectores del clero cordobés, avivando un debate que puede resultar beneficioso para los que buscan actualizar "un rostro renovado y transparente de la Iglesia". En este sentido es de esperar que las voces episcopales no queden reducidas a las acertadas expresiones de Mons. Rey, responsable nacional de Caritas, o a las del Obispo Laguna, que reivindicó la necesidad de "no quedar pegados" porque "nadie da nada gratis". En

igual sentido se pronunciaron algunos sacerdotes diocesanos, aunque la mayoría imitó la actitud del silencio "oficial", que para nada es sinónimo de salud.

La vieja estrategia del silencio vuelve a repetirse. Hubo silencio eclesial ante el "affaire" del Banco Ambrosiano, del Vaticano. Hubo pacto de silencio episcopal para ocultar las maniobras financieras del Obispo Picchi, de Venado Tuerto, que obligó al Episcopado a desviar fondos recolectados por Caritas para tapar el escándalo. Hubo silencio ante el asesinato de Mons. Angelelli y las violaciones de derechos humanos. Y además de silencio no hubo la necesaria autocrítica, reclamada por gran parte de los cristianos.

Cuando afloraron las "donaciones" del sospechado Yabrán, a través de OCA, una de sus empresas, la prensa puso de relieve otras actuaciones del Vicario Económico Marcelo Martorell, al incursionar en las maniobras financieras del liquidado Banco Feigin, según denunciaron en 1995 los delegados gremiales de esa institución. Pero además se conocieron las presiones de la curia sobre la municipalidad de Córdoba en las licitaciones para la distribución de la correspondencia y también en la proyectada instalación de una planta de residuos patógenos, que un grupo de "católicos" cercanos a la curia, nucleados en una "Fundación Cura Brochero", pretendía monopolizar.

Para nada resulta edificante a la Iglesia de Jesús, una institución eclesial que se ve envuelta en escándalos financieros y manejos de poder, cuestionados por una sociedad harta de mafias, corrupción y privilegios.

La pretensión de comparar al vicario Martorell con el Cura Brochero resultó un agravio inaceptable. En nada se asemejaba el celo y la entrega pastoral del santo Cura a los pobres con estas retorcidas y silenciadas relaciones de poderes.

Los cristianos cordobeses esperan de su jerarquía una auténtica y pública autocrítica, que retome una conducta evangélica y sea testimonio de la opción de Jesús por los pobres.-

Luis Miguel Baronetto